

4287

# CARTAGENA.

ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Comunicaciones se dirigirán á  
ANGEL, administrador de

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de  
ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

este periódico.

Viernes 31 de Diciembre

## El Eco de Cartagena

Restauracion  
de la catedral vieja y de la iglesia  
de Santa Maria.

Los artículos que he publica-  
do en el «Eco de Cartagena» sobre  
la antigua catedral han debido pro-  
ducir en los hijos de esta ciudad,  
ante el sentimiento, penosas impresiones.  
Su nacimiento la iglesia de Cartagena es  
una de las primeras de España, y  
una de las que luego que las primitivas tra-  
scurrieron no lo confirman: estar per-  
dida la catedral de esta ciudad  
que la de Tarragona y encontrarse  
con que según la historia, esta últi-  
ma ha debido ser metropolitana mu-  
cho tiempo antes: contar entre los  
obispos de Cartagena á San Fulgen-  
cio, y ver que lo fué de Ecija, donde  
vivió y murió también Santa Floren-  
tina: haber estado en la inteligencia  
de que esta ciudad ha tenido siem-  
pre importancia, y aparecer que solo  
la tuvo un siglo escaso como metro-  
poliéclesiástica y capital de provin-  
cia del imperio romano, habiendo  
caído desde el siglo quinto en la mas  
profunda prostracion, observar con  
dolor que le arrebató la supremacia;  
civil y religiosa, primero Toledo y  
después Murcia, todas estas deca-  
dencias han debido afligir el corazón  
de los cartageneros.

En medio de tales humillaciones  
de amor propio por desgracias pa-  
sadas, los hijos de Cartagena pueden  
decir con legítimo orgullo que quizá  
no haya en España una poblacion  
que desde tan bajo se haya elevado á  
tanta altura en tan poco tiempo. Se-  
gún el testimonio de Mariana, citado  
en el artículo anterior esta ciudad ape-  
nas contaba á fines del siglo diez y seis  
2.500 á 3.000 habitantes, y es muy  
probable descendiese de esta cifra  
en todo el siglo diez y siete, bajo los  
débiles y desastrosos reinados de Fe-

lipe IV. y Carlos II., y en los prime-  
ros años del diez y ocho, de los prin-  
cipios de Felipe V. Mas desde 1730,  
en que este Monarca estableció el  
departamento y en 1737 formó el  
arsenal (I), con la proteccion que dis-  
pensaron á la marina el ministro Pa-  
tiño, después los célebres Marqués de  
la Ensenada y Campomanes bajo  
Fernando VI. y Carlos III, y en nues-  
tros dias el marqués de Molins en  
1847, y el general Odonell desde 1859  
á 1864, Cartagena ha visto subir su  
poblacion desde aquellos, 2500 á 3.000  
habitantes, que tendria en el primer  
tercio del siglo pasado, hasta 30.000  
dentro del recinto y 30.000 fuera de  
él, que tiene hoy, total 60.000 (Cin-  
cuenta y siete mil almas de aumento  
en siglo y medio escaso, y contarse  
la décima poblacion de España) he  
aquí la rápida prosperidad obtenida  
por Cartagena, apesar del desastre de  
la armada española en Trafalgar, de  
la guerra de la Independencia, y del  
abandono en que por bastantes años  
dejó Fernando VII á la marina.

La prosperidad de Cartagena no  
se detendrá aquí. Todo hace espe-  
rar que la guerra civil que nos des-  
garra hace ya algun tiempo en la pe-  
ninsula y en la grande Antilla, va á  
tener un próximo y favorable fin, y  
en tal caso, si España quiere tener  
marina preciso será que le dé un  
impulso poderoso. Por otra parte los  
mineros principian á aplicar maqui-  
nas de gran fuerza al desagüe de las  
minas, y es de creer que la riqueza  
de las mismas aumentará á profun-  
didad. Como cuestion de salubridad  
y ornato será necesario abordar ma-  
ó menos pronto el saneamiento del  
Almajar, y ocuparse eficazmente en  
traer aguas abundantes, no tan solo  
para el surtido desahogado de la po-  
blacion, sino tambien para regar su  
campo en la mayor estension posi-  
ble.

Mas no deben limitarse á esto los  
esfuerzos de los buenos Cartagene-  
ros. Los adelantos y mejoras mate-  
riales dan sin disputa importancia á  
los pueblos; pero esa importancia se  
acrecienta y se ennoblece con el  
desarrollo del sentimiento artistico y  
religioso. La contemplacion de la be-  
lleza en sus diversas manifestacio-

nes nos seduce y nos cautiva: pues-  
tro corazón siente la necesidad de  
adorar algo superior. Este algo supe-  
rior intuitiva ó racionalmente es el  
Ser Supremo, autor de las inmensas  
maravillas que nos rodean; pero com-  
prendiendo nuestra inferioridad y  
su infinita grandeza, le adoramos por  
un intermediario, que para los sa-  
bios es la ciencia y para los hombres  
religiosos es generalmente la au-  
gusta madre de Jesus simbolo de la  
virginidad, idealizada, emblema de  
la pureza, y de la maternidad, la ex-  
presion mas sublime del amor mas  
dulce y apasionado. Los griegos de  
Constantinopla le consagran la so-  
berbia basilica de Santa Sofia; los  
zaragozanos la magnífica capilla y  
catedral del Pilar, los hijos de Car-  
tagena el Hospital de Caridad, la ca-  
tedral vieja de la Asuncion y la nue-  
va iglesia de Santa Maria.

Entre los grandes pueblos, así  
antiguos como modernos, se han ce-  
merado en consagrar los munumen-  
tos mas admirables á la Divinidad,  
tal cual ellos la comprendian. Los in-  
dios nos muestran sus pagodas gi-  
gantescas, dedicadas á su Trinidad;  
los judios el templo de Jerusalem;  
los atenienses, al bellissimo Partenon  
ó templo de Pallas Minerva, cuyos  
frisos y metopas se guardan hoy en  
el Museo británico, como maravillas  
de escultura; la Roma imperial, el  
panteon de todos los Dioses paganos;  
la Roma pontificia, la basilica de  
San Pedro, maravilla de la arquitec-  
tura; los griegos del imperio de  
Oriente, la basilica de Sta. Sofia,  
otra maravilla de gracia y de belle-  
za; los venecianos la iglesia de San  
Marcos; los alemanes la gótica cate-  
dral de Colonia; los ingleses, S. Pa-  
blo; los franceses, Ntra. Sra. de Pa-  
ris; los españoles, el severo y gran-  
dioso Escorial. Lo primero que to-  
dos los viajeros, cualquiera que sea  
su clases y condicion, van á visitar,  
son siempre los templos, en cuyo gé-  
nero de arquitectura España mues-  
tra con legítimo orgullo las góticas  
catedrales de Leon y de Burgos, de  
Toledo y Sevilla.

En mi precedente artículo dije  
que debía restaurarse la catedral

vieja como recuerdo histórico que  
estimule á los cartageneros á levan-  
tar su ciudad natal á la misma ó  
mayor altura que la que alcanzó en  
tiempo del imperio romano. Hoy  
añado que debe restaurarse como  
monumento artistico la iglesia de  
Sta. Maria, bella por su conjunto y  
proporciones en el interior, árida,  
pobre y fria en el exterior, pero de  
tal modo que tanto una parte como  
otra forman un todo armónico, á la  
vez sencillo y elegante. De esta ma-  
nera Cartagena poseerá, además de  
sus hermosos cuarteles y casas de be-  
neficencia, un templo digno de la  
cultura y del grado de prosperidad  
que ha conquistado y del mayor que  
está llamado á conquistar.

Es posible, me preguntarán algu-  
nos, reunir fondos bastantes para la  
restauracion de dos templos en una  
época de tan poca fé, y en que los  
intereses materiales absorben tan

Si, es posible: querer, pero querer  
con perseverancia infatigable, es po-  
der antes, ahora y en todos los tiem-  
pos. Empiécese, que siempre el pri-  
mer paso es el que mas cuesta.

Existe en España un templo, que  
escita la admiracion por su ligera y  
fantástica esbeltez, aludo á la anti-  
gua catedral de Leon, joya muy pre-  
ciada del arte ojival ó gótico. Sus  
grandes vidrieras pintadas, heridas  
por el Sol, reflejan en el interior por  
todas parte los mágicos colores del  
arco iris: aquel templo mas que de  
piedra parece de cristal. Hace algu-  
nos años gran parte del crucero se  
vino á tierra, por efecto sin duda de  
su excesiva ligereza; los leoneses  
quisieron dejar perecer su joya  
dilecta, se asociaron á sus obispos  
y emprendieron la restauracion, hoy  
muy adelantada, que su nuevo pro-  
lato se ha propuesto concluir, aun  
cuando Leon cuenta con muchísi-  
mos menos recursos que Cartagena.

Doce años ha se dió principio en  
Zaragoza á la restauracion interior  
del templo del Pilar de una manera  
providencialmente novelesca, digna  
de referirse. Un beneficiado de la  
catedral está pidiendo todos los dias  
durante el culto para la fábrica á

(I.) Obao—Historia de España, capítulo 67.